

MEDITACIONES SOBRE LA VIDA CRISTIANA CON EL EVANGELIO DE JUAN

Ramón Rosal Cortés



TÍTULO: *Meditaciones sobre la vida cristiana con el evangelio de Juan*

AUTOR: *Ramón Rosal Cortés*©, 2023

Instituto Erich Fromm de Psicoterapia Integradora Humanista ©

COMPOSICIÓN: *HakaBooks - Óptima, cuerpo 11*

DISEÑO DE LA PORTADA: *Hakabooks*©

FOTOGRAFÍA PORTADA: Detalle de *San Juan Evangelista*, de El Greco©

Iª EDICIÓN: *enero 2024*

ISBN: *978-84-10173-08-8*

DEPÓSITO LEGAL: *B 3907-2024*

HAKABOOKS

08204 Sabadell - Barcelona

☎ +34 680 457 788

🏠 www.hakabooks.com

✉ editor@hakabooks.com

📘 *Hakabooks*

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier forma de cesión de la obra sin autorización escrita de los titulares del copyright.

Todos los derechos reservados.

ÍNDICE

¿QUIÉN ERA EL EVANGELISTA JUAN?

1. Autor y fecha de composición del denominado “cuarto evangelio”	13
2. Por qué el evangelista Juan evitaba siempre decir su nombre	16
3. Relevancia que Juan concede a mujeres en su evangelio	21
4. Algunas diferencias entre el evangelio de Juan y los sinópticos	24

MEDITACIONES

1a. Juan 1, 1-14. El misterio de la encarnación de la sabiduría divina en Jesús de Nazaret Evangelio de la Fiesta de Navidad (Ciclo A)	35
1b. Juan 1, 1-14. El misterio de la encarnación de la sabiduría divina en Jesús de Nazaret Evangelio de la Fiesta de Navidad (Ciclo A)	39
2. Juan 1, 6-8. Sobre la actitud esperanzada y alegre en la tradición bíblico-cristiana Evangelio del domingo 3º de Adviento (ciclo C)	45
3. Juan 1, 24-34. El movimiento ecuménico hacia la unidad de los cristianos. Evangelio del domingo de la semana del octavario por la unidad de los cristianos	49
4. Juan 1, 35-42. La vocación del discípulo de Jesús. Evangelio del domingo 2º del tiempo ordinario (Ciclo B)	55

5. Juan 2, 1-11. La conversión del agua en vino.	
Evangelio del domingo 2º del tiempo ordinario (Ciclo C)	61
6. Juan 2, 13-25. Jesús expulsando a los mercaderes del templo.	
Evangelio del domingo 3º de Cuaresma (Ciclo B).	67
7. Juan 3, 14-21. Qué significa creer en Jesucristo.	
Evangelio del 4º domingo de Cuaresma (Ciclo B).	71
8. Juan 4,5-42. El diálogo de Jesús con la mujer samaritana.	
Evangelio del domingo 3º de Cuaresma (Ciclo A).	77
9. Juan 6, 1-15. Jesús proporciona pan a miles de hambrientos.	
Evangelio del domingo 17º del tiempo ordinario (Ciclo B)	83
10. Juan 6, 24-35. Jesús, el pan de vida.	
Evangelio del domingo 18º del tiempo ordinario (Ciclo B).	89
11. Juan 6, 41-51. Yo soy el pan bajado del cielo.	
Evangelio del domingo 19º del tiempo ordinario (Ciclo B).	93
12. Juan 6, 51-59. Mi carne es verdadera comida.	
Evangelio del domingo 20º del tiempo ordinario (Ciclo B).	97
13. Juan 6, 60-70. Jesús dijo a sus apóstoles: ¿También vosotros queréis dejarme?	
Evangelio del domingo 21º del tiempo ordinario (Ciclo B).	101
14. Juan 8, 1-11. La mujer sorprendida en adulterio.	
Evangelio del domingo 5º de Cuaresma (Ciclo C).	105
15. Juan 9, 1-41. La curación del ciego de nacimiento.	
Evangelio del domingo 4º de Cuaresma (Ciclo A).	109
16. Juan 10, 1-10. Jesucristo, la puerta de las ovejas.	
Evangelio del domingo 4º de Pascua (Ciclo A).	115
17. Juan 10, 11-18. Jesucristo, el buen pastor.	
Evangelio del domingo 4º de Pascua (Ciclo B).	121

18. Juan 10, 11-18 y 27-30. Escuchar al buen pastor y colaborar en su tarea.	
Evangelio del domingo 4° de Pascua (Ciclos B y C).	127
19. Juan 11, 1-45. La resurrección de Lázaro.	
Evangelio del domingo 5° de Cuaresma (Ciclo A).	135
20. Juan 12, 20-33. La glorificación de Jesucristo.	
Evangelio del domingo 5° de Cuaresma (Ciclo B).	143
21. Juan 13, 31-35. Conmoverse por la belleza del alma de Jesucristo.	
Evangelio del domingo 5° de Pascua (Ciclo C).	149
22. Juan 14, 1-32. Preguntas espontáneas de dos apóstoles en la última cena.	
Evangelio del domingo 4° de Pascua (Ciclo A).	153
23. Juan 14, 15-21. Los mandamientos de Jesucristo.	
Evangelio del domingo 6° de Pascua (Ciclo A).	159
24. Juan 14, 23-29. La superación cristiana de los conflictos intraeclesiales.	
Evangelio del domingo 6° de Pascua (Ciclo C).	165
25. Juan 15, 1-8. Formas posibles de fructificar en nuestra vida.	
Evangelio del domingo 5° de Pascua (Ciclo B).	169
26. Juan 15, 9-17. La importancia de cultivar la unión con Jesús y de sentirse enviado por él.	
Evangelio del domingo 6° de Pascua (Ciclo B).	175
27. Juan 18, 33-37. Jesucristo rey, testigo de la Verdad.	
Evangelio del domingo 34° del tiempo ordinario (Ciclo B).	181
28. Juan 20, 1-9. María Magdalena encuentra vacío el sepulcro de Jesús.	
Evangelio del domingo de Resurrección (Ciclo C).	189
29a. Juan 20, 19-23. La apertura al Espíritu Santo.	
Evangelio del domingo de Pentecostés (Ciclos A y B).	197
29b. Juan 20, 19-23. La venida del Espíritu Santo en Pentecostés.	
Evangelio del domingo de Pentecostés (Ciclos A y B).	203

30a. Juan 20, 19-31. Santo Tomás apóstol.	
Evangelio del domingo 2º de Pascua (Ciclos A y B).	207
30b. Juan 20, 19-31. Las señales de Jesús que facilitan su fe en él.	
Evangelio del domingo 2º de Pascua (Ciclos A y B).	213
31a. Juan 21, 1-19. La actitud del cristiano ante las calumnias sobre Jesucristo y su Iglesia.	
Evangelio del domingo 3º de Pascua (Ciclo C).	219
31b. Juan 21, 1-19. La fidelidad a la propia conciencia.	
Evangelio del domingo 3º de Pascua (Ciclo C).	227
EPÍLOGO	231
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	233
ÍNDICE DE ILUSTRACIONES	237

¿QUIÉN ERA EL EVANGELISTA JUAN?

1. Autor y fecha de composición del denominado “cuarto evangelio”

Presento, a continuación, un resumen de los datos y conclusiones que ofrece Claude Tresmontant, principalmente a partir de apartado titulado *Note terminale*, al final de su libro *Evangile de Jean*. Destacaré un párrafo que coloca al principio:

Si un escrito ha sido formado, por ejemplo, alrededor del año 1930 de nuestra era, en Francia, leyéndolo atentamente se descubre una multitud de indicios que permiten discernir que ha sido compuesto alrededor del año 1930. Conoce la ascensión del nazismo. Conoce la revolución rusa. Hace alusión a autores que eran célebres en los años 1920 y siguientes, o a músicos, o a pintores. Hace alusión a modas filosóficas que eran dominantes a comienzos de ese siglo, etc. Evoca y describe modas de indumentaria, o de marcas de automóviles, etc. Una multitud de indicios permite fechar aproximadamente un texto (Tresmontant, 1994, p. 323).

También he tenido en cuenta, para algunos detalles puntuales, la información que ofrece Beneitez (1986) sobre *Los escritos de Juan*.

Pues bien, los datos que aparecen en el texto del evangelio de Juan conducen a rechazar la teoría que defiende que este escrito se produjo a fines del siglo I, o principios del siglo II, como viene sosteniéndose hace decenios por una mayoría.

Es significativo el hecho de que el autor, es decir Juan, evite siempre decir su nombre. Para poder comprender las razones de este silencio, conviene acudir principalmente a una carta de Policarpo, obispo de Esmirna, que dirigió al papa Víctor, según se conserva parcialmente en la *Historia eclesiástica* de Eusebio de Cesarea.

A partir de esa carta se nos da a conocer que Juan era sacerdote (kohen), que llevaba el “pétalo de oro” sobre el cual constaba

escrito “consagrado a Yhwh”. Que Juan fue discípulo del Bautista; que tenía una casa en Jerusalén donde tuvo lugar la última cena de Jesús con sus discípulos; que conocía al sumo sacerdote; que por ello pudo entrar en su casa, a diferencia del apóstol Pedro; que tenía que ocultar su nombre al encontrarse amenazado de muerte; que acogió a María en su casa desde que Jesús, en la cruz, le dijo: “Ahí tienes a tu madre”. Que habitualmente se le denominaba con expresiones como “el otro discípulo”, o “el discípulo que Jesús amaba”, o “el discípulo predilecto”. Que Juan era un judío culto, no como ocurría en general con los galileos.

De ahí que su evangelio fue escrito primero en hebreo –la lengua culta y sagrada- y no en arameo, la lengua popular. Posteriormente fue traducida al griego de *Los Setenta*. En un griego de poca calidad, con frecuentes hebraísmos, que era la lengua en la que se comunicaban hacía años los judíos de la Diáspora, es decir, los que habían huido de la violenta persecución en la Iglesia de Jerusalén, después del martirio de Esteban. Y se habían instalado en diferentes poblaciones de la cuenca del Mediterráneo. Los traductores del hebreo a esta lengua griega defectuosa, a veces habían modificado o añadido algo en su traducción de *Los Setenta*.

A partir de los datos ofrecidos principalmente por esta carta de Policarpo, no se puede encontrar ningún indicio que apoye la teoría de que Juan conoció y tuvo en cuenta los evangelios sinópticos. Entre otras razones, porque lo que se concluye, a partir de los datos ofrecidos por Policarpo, es que el evangelio de Juan se escribió antes que los sinópticos.

Se comprueba que el habitualmente llamado “cuarto evangelio” fue escrito por un testigo ocular, como ya he señalado. En él aparecen expresiones típicamente hebreas, consecuencia en parte de la deficiente traducción al griego de la diáspora.

Entendiendo que las enseñanzas de Jesús aportadas por el evangelio de Juan muestran un nivel superior – por sus implicaciones metafísicas, ontológicas y teológicas- al habitual de los Sinópticos, de ahí que en estos no se informe sobre ellas.

Tresmontant se distancia claramente de la moda dominante, según la cual los evangelios fueron todos precedidos de tradiciones orales. Citemos sus palabras:

Respecto a lo que concierne a la antigua mitología según la cual los cuatro evangelios habrían sido primero transmitidos oralmente, por la vía de la tradición oral; predicados mucho tiempo antes de ser escritos, esta hipótesis está en contradicción en lo que sabemos del medio étnico judío. Durante siglos antes de nuestra era, es un ambiente étnico en el cual se pone siempre por escrito lo que debe ser conservado o guardado preciosamente, las palabras de Dios (Ibidem, p. 329).

Tanto Moisés como sucesivos profetas pudieron oír la llamada divina para que pusieran por escrito sucesivos mensajes. Así, por ejemplo, le ocurrió a Jeremías: “Coge para ti un rollo de libro, hebreo, y tu escribirás encima todas las palabras que yo he dicho dirigiéndome a ti sobre el tema de Israel, el tema de judíos, el tema de todas las naciones, desde el día que yo he hablado dirigiéndome a ti...”.

Cometen una confusión los que sostienen que los cuatro evangelios, mucho antes de ser escritos, habían sido transmitidos por vía oral.

Confunden los judíos de Jerusalén en el primer siglo de nuestra era, en la primera mitad de este primer siglo, antes de la destrucción de Jerusalén y del Templo, con las tribus salvajes que los etnólogos nos han descubierto desde hace un siglo, y en las que las viejas tradiciones, las leyendas, las mitologías, se transmitían efectivamente, por vía oral (Tresmontant, Ibidem, p. 330).

En este punto, entre otros, había una gran diferencia entre las costumbres de la cultura judía y las de esas tribus africanas.

2. Por qué el evangelista Juan evitaba siempre decir su nombre

¿Cuál puede ser la razón de que aparezca un discípulo del que se evita siempre en los evangelios decir su nombre?. Cuando el texto evangélico se refiere a él, lo hace con estas palabras: “el otro discípulo”, “el discípulo predilecto”, etc. Según Tresmontant –que ofrece una muy razonada investigación sobre esta pregunta–, este discípulo “predilecto”, del que nunca se dice su nombre, y que coincide con el autor del llamado “cuarto evangelio”, se encontraba en grave peligro de muerte, en un momento de cruenta persecución de los judíos convertidos al cristianismo, especialmente en Jerusalén.

En el año 36, tras un discurso de Esteban ante el sumo sacerdote, en el que trató de justificar su fe en Jesús, acabó muriendo apedreado.

Oyendo su discurso se recomían por dentro y rechinaban los dientes contra él. Él, lleno del Espíritu Santo, fijando la vista en el cielo, vio la gloria de Dios y a Jesús a la derecha de Dios, y dijo: “Estoy viendo el cielo abierto y a aquel Hombre en pie a la derecha de Dios”. Ellos dieron un grito estentóreo, se taparon los oídos, se arrojaron a una contra él, lo echaron fuera de la ciudad y se pusieron a apedrearlo. Los testigos habían dejado los mantos a los pies de un muchacho llamado Saulo. Mientras lo apedreaban, Esteban invocó: “Señor Jesús, acoge mi espíritu”; y arrodillado, gritó con voz potente: “Señor, no les imputes este pecado”. Y dicho esto, se murió (Hechos, 7,54-60).

Ocho años después murió degollado Santiago, y fue arrestado Pedro, que, sin embargo, logró salir de la cárcel de forma milagrosa (Hechos 12, 11-19).

Según la hipótesis de Tresmontant, en el caso de este discípulo, cuyo nombre siempre se omite, se daba una circunstancia que agravaba notablemente su peligro de muerte: el hecho de tratarse de un judío sumo sacerdote convertido al cristianismo. De descubrirse, por

parte de sus compañeros del sanedrín, su condición no sólo de cristiano, sino incluso de autor de un evangelio, y de “discípulo predilecto” de Jesús, su muerte sería inminente.

Hay un dato muy significativo, que favorece esta hipótesis, en el párrafo siguiente del evangelio de Juan, durante el procesamiento de Jesús:

Caifás era el que había dado su parecer a los judíos, que convenía que un hombre sólo muriese por el pueblo. Seguían a Jesús Simón Pedro y otro discípulo. Como este discípulo era conocido del sumo sacerdote entró con Jesús en el palacio del sumo sacerdote, mientras Pedro se quedaba fuera, a la puerta. Salió el otro discípulo, el conocido del sumo sacerdote, habló a la portera y ésta dejó entrar a Pedro (Juan 18, 14-16).

Se comprueba la buena relación que tiene con el sumo sacerdote Caifás este discípulo que en estas pocas líneas aparece citado tres veces sin decirse nunca su nombre y que, probablemente, estaba vinculado al colectivo de los *Kohen*, es decir, los sumos sacerdotes, o lo había estado anteriormente.

Antes de esta escena, aparece este discípulo en la última cena. En ocasión de que Jesús ha comunicado a los comensales que uno de ellos le va a traicionar, el texto dice lo siguiente:

Los discípulos se miraban unos a otros sin saber por quien lo decía. Uno de los discípulos estaba reclinado a la derecha de Jesús, el predilecto de Jesús. Simón Pedro le hace un gesto y le dice: “Averigua a quien se refiere”. Él se inclinó hacia el costado de Jesús y le dijo: “Señor, ¿quién es?”. Le responde Jesús: “Aquél a quien le dé un trozo de pan remojado... (Juan 13,22-26).

De nuevo se ha omitido el nombre del “discípulo predilecto”, que al tratarse, casi seguro, del autor de este evangelio, es el testigo directo de estas palabras de Jesús, y de todas sus reflexiones y confidencias en la cena de despedida.

Cuando este evangelista narra unas frases que pronunció Jesús desde la cruz, vuelve a ocurrir que se dicen los nombres de todas las personas presentes en aquel momento, menos las del “discípulo predilecto”.

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María de Cleofás y María la Magdalena. Jesús, viendo a su madre y al lado al discípulo predilecto, dice a su madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. Después dice al discípulo: “Ahí tienes a tu madre”. Desde aquel momento el discípulo se la llevó a su casa (Juan 19,25-27).

Probablemente la casa del “discípulo predilecto” es la misma en la que había tenido lugar la última cena, y de la que se omite en todo momento decir el nombre de su dueño. Tanto el evangelista Mateo (26,17-17), como Marcos (14,12-15), como Lucas (22,7-13), coinciden en omitir el nombre del dueño de esa casa. Veamos la versión según el evangelista Marcos:

El primer día de los ázimos, cuando se inmolaba la víctima pascual, le dicen sus discípulos: “¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?”. Él despachó a dos discípulos encargándoles: “Id a la ciudad y os saldrá al encuentro un hombre llevando un cántaro de agua. Seguidlo y donde entre, decid al amo de casa: de parte del Maestro, que dónde está la sala donde va a comer la cena de Pascua con sus discípulos. Él os mostrará un salón en el piso superior, preparado con divanes. Preparádnoslo allí” (Marcos 14,12-15).

Y durante la última cena, cuando el texto se refiere a este discípulo, sigue omitiéndose su nombre, ya que él es muy probablemente el dueño de la casa que, como corresponde al anfitrión, se encuentra recostado, durante la cena, a la derecha del invitado principal.

El Evangelio de Juan no quiere decir el nombre de aquél en cuya casa el rabí ha comido su última cena durante la última noche, antes de su arresto. Se trata evidentemente del mismo individuo. Él tiene una casa en Jerusalén. Es él

quien recibe al Rabí y sus compañeros en la última noche. Él está por lo tanto recostado a la derecha del Rabí, apoyado sobre su codo izquierdo, y por lo tanto inclinado sobre el costado del vecino de la izquierda, en este caso el mismo Rabí (Jean Colion: L'Enigme du disciple que Jésus aimait) (Tresmontant, 1986, pp. 480s.).

Esta casa en cuyo primer piso se celebró la cena de despedida, y en la que Juan acogió a la madre de Jesús para que residiese en ella, es también probablemente la misma en la que se reunieron los apóstoles y principales discípulos, tras la despedida de Jesús en la ascensión.

Entonces se volvieron a Jerusalén desde el monte de los Olivos, que dista de Jerusalén tan sólo un camino de sábado. Cuando llegaron, subieron al piso superior donde se alojaban Pedro y Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago de Alfeo, Simón el Zelota y Judas de Santiago. Todos ellos, con algunas mujeres, la madre de Jesús y sus parientes, persistían unánimes en la oración.

Un día de aquéllos se levantó Pedro en medio de los hermanos, ciento veinte personas reunidas, y dijo... (Hechos, 1,12-15).

Se trataba, por lo tanto, de una casa en la que pudieron reunirse esas ciento veinte personas. Unos capítulos después, en los *Hechos de los Apóstoles*, en ocasión de haberse narrado la muerte de Santiago por degollamiento, el arresto de Pedro, y su milagrosa salida de la prisión, se narra lo siguiente:

Ya recobrado, se dirigió [Pedro] a casa de la madre de Juan, por sobrenombre Marcos, donde estaban unos cuantos reunidos orando... (Hechos 12,12).

Es decir, que este discípulo predilecto cuyo nombre se omite, en cuya casa se celebró la última cena, y en la cual fue acogida la madre de Jesús, y que probablemente era aquella en la que se reunieron ciento veinte discípulos a escuchar el discurso de Pedro, se

llama Juan, por sobrenombre Marcos, y por lo tanto es diferente al Juan, hermano de Santiago, hijos de Zebedeo. En aquella época el nombre de Juan (*Jôhanan*) era muy frecuente. Es también el autor del llamado cuarto evangelio, y del libro llamado *Apocalipsis*. Es un miembro del colectivo de sumos sacerdotes, tiene, por lo tanto, fácil entrada en el Sanedrín, y se encuentra en grave peligro de ser condenado a muerte, si se llegase a descubrir su fe cristiana, y –como ya he dicho– el hecho de ser el “discípulo predilecto” de Jesús, y el autor de un texto evangélico.

Por otra parte, si hubiese dejado constancia escrita de la institución de la Eucaristía, el peligro de muerte cruenta hubiese aumentado notablemente. Pocos años después, una de las principales calumnias que se presentaron contra los cristianos en Roma, y que provocaron una persecución y muerte masiva, fue la acusación de que celebraban unos encuentros religiosos que implicaban la antropofagia. ¿Cómo entenderían la afirmación de Jesús al tomar un pan en sus manos y decir “Esto es mi cuerpo”, los que desconocían su mensaje, recogido por el evangelio de Juan, en el que declaraba “Yo soy el pan de la vida”?

El evangelio de Juan no narra las palabras del Rabino sobre uno de los panes ni sus palabras sobre una de las copas. ¿Por qué? Muchas conjeturas son posibles. Una de estas conjeturas posibles es que el traductor en lengua griega del documento o documentos que han aportado el Evangelio de Juan no ha querido traducir y por lo tanto relatar o transmitir esta declaración. ¿Por qué? Porque estas palabras son muy difíciles de entender y no deben ser comunicadas a cualquiera. No hay que olvidar que la traducción griega del Evangelio de Juan fue remitida a las comunidades de la Diáspora y probablemente leída en público. Las primeras comunidades que recibieron esta traducción son quizá las comunidades de Asia Menor (Tresmontant, 1986, p. 484).

La omisión del nombre del “discípulo predilecto”, o “discípulo amado”, ya se observa desde el capítulo primero del evangelio de Juan. En ocasión de que Juan Bautista señaló a Jesús, ante dos

discípulos, diciéndoles “Ahí está el cordero de Dios”, y éstos quisieron seguirle y se quedaron con él al menos un día, el texto evangélico dice:

Eran las cuatro de la tarde. Uno de los dos que habían oído a Juan [Bautista] y habían seguido a Jesús era Andrés, hermano de Simón Pedro (Juan 1,39-40).

¿Y cómo se llamaba el otro? No se dice. Porque era *Jôhanan*, al que me estoy refiriendo, el autor del cuarto evangelio, y el dueño de la casa en la que se celebró la última cena. Hay un testimonio histórico que acredita esto último: la carta de Polícrates, escrita entre los años 180-190, al papa Victor, y que citó el historiador Eusebio de Cesarea en su *Historia de la Iglesia*, III, 31 y V,24.

Todas estas precauciones para evitar que el sumo sacerdote –probablemente saduceo– *Jôhanan* pudiese ser denunciado y condenado a muerte constituyen una prueba más de que este evangelio se escribió en plena persecución de los cristianos en Jerusalén, poco tiempo después de la crucifixión de Jesús. Si este evangelio hubiese sido escrito a finales del siglo I o incluso a mediados del siglo II, como muchos suponen, se hubiese dicho tranquilamente el nombre de *Jôhanan* en todas las ocasiones que aparece en los evangelios, porque no habría ningún peligro de ser condenado a muerte por las autoridades religiosas de Jerusalén. Esta ciudad había sido invadida por el ejército romano en el año 70, su gran templo había sido destruido y todas las autoridades religiosas se habían dispersado o habían muerto.

3. Relevancia que Juan concede a mujeres en su evangelio

El evangelio de Juan comparte con el de Lucas el hecho de conceder especial atención a las mujeres, en diferentes pasajes. Así ocurre en:

a) *Juan 2, 1-11*, por el papel que cumple María, la madre de Jesús en *las bodas de Caná*, provocando que Jesús llevase a cabo el primero de sus signos, a saber: la conversión en vino del agua para las purificaciones, incluido en seis tinajas. Cuando el maestro la lo comprobó tras probarlo, exclamó: “todo el mundo sirve primero el vino de calidad, y cuando la gente está bebida, el peor; tú, el vino de calidad lo has guardado hasta ahora”.

b) *Juan 4, 1-12*, nos encontramos con la escena de *Jesús con la samaritana*, en la que junto a un pozo Jesús le pide: “Dame de beber”. Jesús prescinde de varias normas de aquella época, a saber: que un judío no podía dirigir la palabra a una mujer, encontrándose solos. Con mayor razón si se trata de una samaritana, ya que los judíos no dialogaban nunca con los samaritanos, a los cuales les negaban incluso el saludo. Y aquí, con mayor razón tratándose de una mujer probablemente prostituta.

Además, pidiéndole de beber, Jesús se situaba en una posición de inferioridad respecto a esa mujer, actuación totalmente inaceptable en aquella época por parte de un rabino.

Notemos que la escena termina diciendo: “Del pueblo aquél muchos de los samaritanos dieron su adhesión por lo que decía la mujer, que declaró ¿Me ha dicho todo lo que he hecho?”. Con ello esta mujer contribuyó a que muchos samaritanos creyeran en Jesús como mesías, diciendo a la mujer: “Ya no creemos por lo que tú cuentas, nosotros mismos lo hemos estado oyendo y sabemos que este es realmente el salvador del mundo.

c) *el capítulo 11*, donde se narra *la resurrección de Lázaro*, queda muy destacado el papel de su hermana Marta en este pasaje. Cuando llegó Jesús al lugar de la escena, Marta le dijo: “Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano”, pero, incluso ahora, sé que todo lo que le pidas a Dios, Dios te lo dará. Jesús le dijo: “Tu hermano resucitará”. Respondió Marta: “Ya sé que resucitará en la resurrección del último día”. Le dijo Jesús: “Yo soy la resurrección y la vida; el que me da su adhesión, aunque muera, vivirá, pues todo el que vive y me presta adhesión, no morirá

nunca. ¿Crees esto?" Ella contestó: "Sí, Señor, yo creo firmemente que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo".

d) *Juan 12, 1-8* se narra la cena que tuvo lugar, seis días antes de la Pascua en Betania, en la casa de Marta, María y Lázaro, al que Jesús había resucitado. En un momento de la cena ocurrió que María "tomando una libra de perfume de nardo auténtico de mucho precio, le ungió los pies a Jesús y se secó los pies con el pelo. Y la casa se llenó de la fragancia del perfume".

Tras el comentario crítico de Judas Iscariote, diciendo que este perfume se habría podido vender por trescientos denarios y dado a los pobres "Dijo esto no porque le importasen los pobres, sino porque era un ladrón, y como tenía la bolsa, se llevaba lo que echaban. Jesús, a continuación, dijo: "¡Déjala!, que lo guarde para el día de mi sepultura; pues a los pobres los tenéis siempre entre vosotros, en cambio a mí no me vais a tener siempre" (Juan 12, 7).

e) *Juan 19, 25-27*. Aquí nos encontramos con la escena de Jesús crucificado, estando presentes, junto a la cruz, su madre y la hermana de su madre, María de Cleofás, y María Magdalena. "Jesús, entonces, viendo a la madre y al lado de ella, a su discípulo predilecto, dijo a la madre: 'Mujer, mira a tu hijo'. Luego dijo al discípulo: 'Mira a tu madre'. Y desde aquella hora la acogió el discípulo en su casa" (Juan 19. 26s.).

f) *Juan 20, 1-18*. Aquí tenemos la escena en la que María Magdalena, habiéndose trasladado al sepulcro donde habían colocado el cuerpo de Jesús, lo encontró vacío."Fue entonces corriendo a ver a Simón Pedro y también al otro discípulo, el predilecto de Jesús y les dijo: 'Se han llevado al Señor del sepulcro y no sabemos dónde lo han puesto'" (Juan 20, 2).

En esta escena, después de que los dos apóstoles hubieran podido comprobar que el sepulcro estaba vacío, hay otra escena en la que Jesús resucitado se aparece a María Magdalena. Es decir, la primera persona que pudo ser testigo de que Jesús había resucitado fue esta mujer, antes de los apóstoles Pedro y Juan.

Hemos podido comprobar, por lo tanto, la presencia, en este evangelio, de siete escenas en las que se destacan actuaciones relevantes de mujeres.

4. Algunas diferencias entre el evangelio de Juan y los sinópticos

Nos fijaremos aquí en diferencias en cuanto a las *narraciones*, y diferencias en la *composición literaria*.

En cuanto a la narración de *viajes de Jesús a Jerusalén*, en los Sinópticos solo se menciona uno, que tiene lugar poco antes de las escenas de la Pasión. En cambio en Juan se narran tres viajes a Jerusalén desde Galilea (véase Juan 2, 13; 5, 1; 7, 10). También en Juan 10,40, donde se informa:

Se fue esta vez al otro lado del Jordán, al lugar donde había estado bautizando al principio, y se quedó allí. Acudían a él muchos y decían; Juan no realizó ninguna señal (milagro), pero todo lo que dijo Juan sobre este (Jesús) era verdad. Y allí muchos le dieron su adhesión.

En cuanto a la narración sobre *estancias* en Jerusalén, en la de los Sinópticos se narra solo la de la “semana Santa” (Marcos 11-15), solo una semana.

En cambio, en Juan, la mayor parte del ministerio de Jesús tuvo lugar en Jerusalén. Jesús permaneció allí cerca de medio año. Tuviron lugar las fiestas de los Tabernáculos, de la Dedicación del Templo, y de la Pascua (Juan 7, 2; 10, 22; 11, 55; 13,1; 18, 28).

En cuanto al contenido narrativo, se destaca la diferencia *respecto a los milagros*.

- En los Sinópticos se informa sobre 23 *milagros* distintos
- De ellos, en Juan se encuentran tres: la curación de un siervo de algo personaje (4, 46ss.), la multiplicación de los panes (6, 1 ss.), y el de Jesús caminando sobre el lago (6, 16ss.).

Por otra parte, en Juan aparecen *milagros* solo citados en su evangelio, a saber:

- la conversión del agua en vino en la boda de Caná (2, 1-11)
- la curación del paralítico de la piscina (5, 1-9)
- la curación de un ciego de nacimiento (9, 1-7)
- la resurrección de Lázaro (11, 1-44)

Una diferencia relevante es la *omisión de la institución de la Eucaristía*. ¿Por qué lo hizo?

Una respuesta frecuente a esta pregunta ha sido la siguiente: Juan omitió esta narración porque ya constaba en los evangelios de Mateo, Marcos y Lucas. Juan se ocupó, en cambio, de narrar las reflexiones y enseñanzas que Jesús dirigió a los apóstoles en la cena de despedida. Esta respuesta la considero claramente sin fundamento, y no sólo porque presuponga la teoría –no aceptada por mí– de tratarse de un escrito muy tardío, en comparación con los otros escritos evangélicos. Con este mismo argumento –que supone que Juan evitó repetir algo ya conocido– ¿por qué este evangelista narró en cambio otras muchas actuaciones y palabras del Señor presentes en los otros evangelios, y en cambio omitió repetir una narración de tanta relevancia como la institución de la Eucaristía en la última cena?

Tras la descripción del ambiente de persecución en el que Juan escribe el evangelio, en el apartado 2, se entiende que, si hubiese dejado constancia escrita de la institución de la Eucaristía, el peligro de muerte cruenta para los cristianos hubiese aumentado notablemente. Pocos años después, una de las principales calumnias que se presentaron contra los cristianos en Roma, y que provocaron una persecución y muerte masiva, fue la acusación de que celebraban unos encuentros religiosos que implicaban la antropofagia. ¿Cómo entenderían la afirmación de Jesús al tomar un pan en sus manos y decir “Esto es mi cuerpo”, los que desconocían su mensaje, recogido por el evangelio de Juan, en el que declaraba “Yo soy el pan de la vida”?

El evangelio de Juan no narra las palabras del Rabino sobre uno de los panes ni sus palabras sobre una de las copas. ¿Por qué? Muchas conjeturas son posibles. Una de estas conjeturas posibles es que el traductor en lengua griega del documento o documentos que han aportado el Evangelio de Juan no ha querido traducir y por lo tanto relatar o transmitir esta declaración. ¿Por qué? Porque estas palabras son muy difíciles de entender y no deben ser comunicadas a cualquiera. No hay que olvidar que la traducción griega del Evangelio de Juan fue remitida a las comunidades de la Diáspora y probablemente leída en público. Las primeras comunidades que recibieron esta traducción son quizá las comunidades de Asia Menor (Tresmontant, 1986, p. 484).

La omisión del nombre del “discípulo predilecto”, o “discípulo amado”, ya se observa desde el capítulo primero del evangelio de Juan. En ocasión de que Juan Bautista señaló a Jesús, ante dos discípulos, diciéndoles “Ahí está el cordero de Dios”, y éstos quisieron seguirle y se quedaron con él al menos un día, el texto evangélico dice:

Eran las cuatro de la tarde. Uno de los dos que habían oído a Juan [Bautista] y habían seguido a Jesús era Andrés, hermano de Simón Pedro (Juan 1,39-40).

¿Y cómo se llamaba el otro? No se dice. Porque era *Jôhanan*, al que me estoy refiriendo, el autor del cuarto evangelio, y el dueño de la casa en la que se celebró la última cena. Hay un testimonio histórico que acredita esto último: la carta de Polícrates, escrita entre los años 180-190, al papa Víctor, y que citó el historiador Eusebio de Cesarea en su *Historia de la Iglesia*, III,31 y V,24.

Todas estas precauciones para evitar que el sumo sacerdote –probablemente saduceo– *Jôhanan* pudiese ser denunciado y condenado a muerte constituyen una prueba más de que este evangelio se escribió en plena persecución de los cristianos en Jerusalén, poco tiempo después de la crucifixión de Jesús. Si este evangelio hubiese sido escrito a finales del siglo I o incluso a mediados del

siglo II, como muchos suponen, se hubiese dicho tranquilamente el nombre de *Jôhanan* en todas las ocasiones que aparece en los evangelios, porque no habría ningún peligro de ser condenado a muerte por las autoridades religiosas de Jerusalén. Esta ciudad había sido invadida por el ejército romano en el año 70, su gran templo había sido destruido y todas las autoridades religiosas se habían dispersado o habían muerto.

Pero antes de concluir este apartado es conveniente aclarar un punto importante. Es cierto que Juan no narró en su evangelio la institución de la Eucaristía por Jesús, aunque como dije en su momento, con su acción de lavar los pies a sus discípulos transmitió algo que es esencial para comprender la finalidad de la Eucaristía. Pero sobre todo hay que hacer notar que en el capítulo sexto de su evangelio aparecen unas enseñanzas y declaraciones que permiten comprender adecuadamente lo que quiso decir Jesús cuando cogiendo un pan con sus manos afirmó “esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros” y luego, tomando una copa de vino: “esta es mi sangre de la nueva alianza”.

Destaquemos las frases clave que aparecen en ese capítulo sexto:

Os lo aseguro, no fue Moisés quien os dio pan del cielo; es mi Padre quien os da el verdadero pan del cielo. El pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo. Le dijeron: “Señor, danos siempre de ese pan. Jesús les contestó: “Yo soy el pan de la vida: el que acuda a mí no pasará hambre, el que cree en mí no pasará nunca sed [...]”

“Os aseguro que quien cree tiene vida eterna. Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron. Este es el pan que baja del cielo para que quien coma de él no muera. Yo soy el pan vivo bajado del cielo. Quien coma de este pan vivirá siempre. El pan que yo doy para la vida del mundo es mi carne.”

Los discípulos se pusieron a discutir: “¿Cómo puede éste darnos de comer su carne?” Les contestó Jesús: “Os aseguro que, si no coméis la carne y bebéis la sangre de este

Hombre, no tenéis vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo lo resucitaré el último día. Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él. Como el Padre que vive me envió y yo vivo por el Padre, así quien me come vivirá por mí” (Juan 6,32-35.47-57).

Este discurso requiere varias aclaraciones, para entenderlo adecuadamente. Con la palabra “pan” los hebreos se referían al símbolo de todo lo que da vitalidad y energía a este ser humano que tiene que llegar a ser imagen de Dios, que tiene que transformarse en el “hombre nuevo”, colaborador en la construcción de la Nueva Humanidad. Jesús es el “pan verdadero”. El Espíritu Santo que anima la vida de Jesús y actúa por medio de él es el que puede alimentar a la humanidad, “fortalecerla, transformarla, humanizarla, conducirla a su fin natural y sobrenatural” (Tresmontant, 1984, p. 178). Como Jesús es el pan verdadero, es comprensible que en ocasión de la última cena dijese “Este pan es mi carne”. Debe tenerse en cuenta que la palabra griega *sarx* que traducimos por “carne”, y otras veces por “cuerpo”, era a su vez traducción de la palabra hebrea *basar*. Este término significaba en hebreo “ser humano”. Era sinónimo de “*adam*”, que también se refería a “el ser humano”, o “humanidad”, y no a un primer individuo humano concreto – Adán– como se pensó en el pasado.

Los hebreos eran aficionados, en general, a utilizar términos carnales, para referirse al ser humano. El traductor de la Biblia al griego no debió de estar suficientemente informado de esto. De lo contrario no hubiese traducido esa palabra por *sarx* (carne). En rigor, Jesús está diciendo: “Este pan es mi persona, y todo lo que la integra: mis pensamientos, mis sentimientos, mis valores, mi estilo de vida, mi proyecto de la Nueva Humanidad”. Comer de ese pan significa identificarse con todo esto, hacerlo algo propio, asimilarlo. Lograr –o aproximarse a– experimentar lo que Pablo de Tarso afirmó sobre él en una de sus cartas: “No soy yo quien vivo, es Cristo que vive en mí...”. Ser como otro Cristo es la meta de la espiritualidad cristiana. Comer ese pan de la vida que es Jesucristo es alimentarse

ante todo de su pensamiento, de su mensaje humanizador, y gracias a ello pasar de ser un “prehomínido” –como le gusta decir a Tresmontant– a ser el “hombre nuevo” o la “mujer nueva”.

Como, al parecer, según Juan (6,60), muchos de los oyentes debieron de entender mal este discurso, como si tuviese algo que ver con la antropofagia, Jesús tuvo que aclararles: “Es el Espíritu quien da la vida, la carne no sirve para nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y vida” (Juan 6,63).

La proposición quiere decir por lo tanto: es Dios, que es espíritu, quien vivifica. La carne no sirve para nada: la carne, es el hombre entero. No es él quien vivifica, no es él quien da la vida, es Dios, el creador único e increado. Las palabras que yo os he dicho son espíritu y vida: no se trata de antropofagia, se trata de comer al hijo del hombre por el espíritu, por la inteligencia; se trata de asimilar a aquél que se llama a sí mismo el hijo del hombre, a fin de que se realice la fórmula de Pablo, Gálatas 2,20: no soy yo quien vivo, es Cristo que vive en mí. Fórmula que no significa de ningún modo que el ser creado de Pablo sea abolido o aniquilado, sino que el ser creado que es Pablo, es totalmente recreado, transformado, por Cristo que informa al hombre nuevo en el que Pablo se ha convertido. Esta información, por la inhabitación de Cristo en el hombre recreado, nacido de nuevo y por consiguiente transformado, es el resultado de la asimilación espiritual de Cristo viviente por el ser humano viviente (Tresmontant, 1984, p. 185).

Parábolas y discursos de Jesús

- **En los Sinópticos aparecen 38 parábolas distintas (29 en Lucas, 21 en Mateo y 6 en Marcos).**
- **En Juan, ninguna parábola. Sí unas pocas alegorías**

Diferencias entre Juan y los Sinópticos en la composición literaria

También aparecen diferencias, entre los Sinópticos y el evangelio de Juan, en cuanto a la composición literaria:

- En los Sinópticos, salvo la narración de la Pasión, las otras son aisladas y cortas. Los *dichos de Jesús*, en general, son *sueltos y cortos*, salvo en el caso de las parábolas, algo más amplias.
- En Juan lo característico son los *grandes discursos* (o en diálogo) “encabezados por una breve narración, al modo de los Sinópticos, que sirve de puente de unión con el discurso subsecuente, conservando así la unidad entre todos ellos... Juan se caracteriza, pues, por *grandes composiciones* literarias, no tradicionales (como los Sinópticos), sin principalmente *redaccionales* y de *gran unidad* temática (como los capítulos 5; 6; 9; 11; 13-17” (Beneitez, 1976, p. 544).

Intención de Juan respecto a los Sinópticos y fuentes

Las explicaciones dadas sobre las causas de las coincidencias y diferencias entre Juan y Sinópticos ha ido variando, Sobre esta cuestión, que se llamó la “cuestión joánica”, hubo diferentes teorías:

- a) Teoría del *complemento*. Juan pretendía completar el mensaje de los Sinópticos
- b) Teoría de la *interpretación*. Pretendía corregir a los Sinópticos
- c) Teoría de la *suplantación*. Pretendía suplantarlos

Desde que, a partir de 1938, por un libro de Gardner-Smith, ha ido predominando la teoría de que el autor del “cuarto evangelio” desconocía totalmente los Sinópticos, ha ido prevaleciendo una teoría cuarta, denominada “de la *independencia*”. Juan tiene algo que decir, independientemente de lo que hayan dicho otros.

Para informar brevemente sobre el tema de las fuentes de las que haya podido partir Juan, me parece aquí suficiente citar este párrafo:

En líneas generales, Juan es obra de una sola personalidad, que si usa fuentes escritas o tradiciones orales, como es muy probable, las reelabora con dominio soberano, sin esclavizarse a ellas.

El estilo y el pensamiento es único. Todo el material previo ha sido asimilado y transformado por su pluma. Aun en el caso de que utilizase fuentes escritas (algunos aceptan una, la Fuente de las Señales de BULTMANN, pero con modificaciones, y a veces solo como probable), no se pueden aislar en Juan, sino que estarían asimiladas y transformadas (Ibidem, p. 561).

Nota: *Detrás de cada meditación he escogido una frase, a partir del texto evangélico o de la meditación, como ejemplo de frase para concentrarse en ella, y respirarla, para una meditación contemplativa. En la introducción del libro con el evangelio de Mateo dediqué un apartado a diferenciar tres tipos de meditación discursiva, afectiva y contemplativa.*

La lectura reposada de los textos de las meditaciones incluidas en este libro facilitan la práctica de la meditación discursiva. Cuando la atenta concentración en ellos, en las palabras y actuaciones de Jesús suscitan vivencias emocionales, dan lugar al segundo tipo de meditación afectiva. Si el meditador concentra su atención en una actuación o frase, acompañada de la respiración, puede experimentar el tercer tipo de la meditación contemplativa.

Las frases contienen en medio una pausa para indicar que se pueden “respirar” la primera parte con la inspiración, y la segunda con la espiración, o si son frases demasiado largas, la primera parte con una respiración completa y la segunda con otra.